



Yo no sé por qué la mayor parte de los políticos van a parar a la Banca en vez de terminar sus días en el "duro banco de una galera turquesa". Pero así son las cosas. ¿Acaso para que la Banca llegue a terminar en la política? En vez de quejarse, como el penado de Dragut, "al ronco son del remo y de la cadena", los políticos cantan al ritmo alborozado del dólar y de la peseta. ¿Es un castigo, acaso? La Banca, ¿es albañal por do el parnaso político purga sus bascosidades? Me extraña. De todos modos la Banca sabe que el hombre con experiencia política es a la vez inconsciente e invulnerable. Lo diré en francés, para que resulte más "euro": "Quand une fois la poli-

BANCA Y POLITICA

tique a explosé dans une âme d'homme, les dieux ne peuvent plus rien contre cet homme-là". (Toma castaña.) Es la enajenación completa, la cerrazón absoluta. Porque no olvidemos que el político, en estos tiempos que no corren, es un individuo que olfatea agresivamente hasta su propia sombra. Sabe que todos sus servidores, acólitos, epígonos, discípulos, satélites, paniaguados, leales, parásitos, favoritos, compadres, canareros y adheridos, piensan exactamente lo contrario de lo que él piensa, como es natural. Y es que jamás se ha dado en Occidente una situación como

ésta, en la que los políticos hacen por sistema lo opuesto a lo aconsejable.

Por las galerías clandestinas del subsuelo político se deslizan pálidos mensajeros distribuyendo las consignas habituales: "¡Neutralizad al cabeza de turco!". "¡Evitad la desgracia de que haga lo que se le ocurra!". Al cabo de unos años, el antiguo ser humano, perfectamente disecado, está en condiciones de ingresar en la Banca. Todo consiste en que la momia no despierte, porque entonces la criatura que suponemos que hay dentro, triste, desolada y generosa, podría conmo-

vern, sobrecogernos con un dolorido mensaje de escepticismo total. Sería el derrumbamiento de la Banca, y, además, de la Bolsa, creo. Imaginense que entre en un banco alguien que desea informarse del líquido imponible, pongamos por caso, y el viejo político se arranca: "Fabio, las esperanzas cortesanas/prisiones son do el ambicioso muere...". "¡Vivo!". "¡Está vivo!", gritaría aterrado el del líquido imponible. "¡Un hombre vivo y coleando en el banco tal!". Pero no hay cuidado. Las momias políticas no despiertan. Acaso despierten alguna vez las egipcias. Estas, jamás. La Banca sabe muy bien con quién se gasta los cuartos. ■ LICANTROPO.

